



UNIVERSIDAD BÍBLICA  
**LATINOAMERICANA**  
PENSAR • CREAR • ACTUAR

**BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS**

## **LECTURA SESIÓN 6**

# **CB 114 SOCIOLOGÍA DEL PERÍODO BÍBLICO II**

Carter, Warren. “El mundo imperial romano”. En *El Imperio romano y el Nuevo Testamento*, 11-46. Estella: Verbo Divino, 2011.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

## El mundo imperial romano

Los textos del Nuevo Testamento, escritos en las décadas que mediaron entre los años 50 y 100 del siglo I, tuvieron su origen en un mundo dominado por el imperio romano. En algunos puntos, los textos del Nuevo Testamento hacen referencia abiertamente a este mundo imperial y a representantes suyos, como por ejemplo los emperadores (Lc 2,1), los gobernadores de las provincias (Mc 15,25-39) y los soldados (Hch 10). En otros puntos, como veremos, los autores del Nuevo Testamento hablan críticamente sobre este mundo imperial. En otros más, parecen instar a la cooperación con Roma. “Temed a Dios. Honrad al emperador” (1 Pe 2,17).

Pero en la mayoría de sus pasajes no nos *parece* que hagan referencia en absoluto al mundo de Roma. Jesús escoge discípulos entre los pescadores. Jesús cura a los enfermos. Pablo habla de la rectitud o justicia de Dios y de la fidelidad humana. Nada de esto *nos* parece que tenga que ver en absoluto con el imperio de Roma.

A lo largo de este libro vamos a ocuparnos de dos cuestiones. La primera entraña reconocer que los textos del Nuevo Testamento suponen el mundo de Roma, y lo abordan, en cada uno de sus capítulos. Incluso cuando *nos* parece que los textos del Nuevo Testamento guardan silencio acerca del imperio de Roma, éste se encuentra siempre presente. No se ha marchado. El imperio romano proporciona el omnipresente marco y contexto político, económico, social y religioso, a las afirma-

ciones, el lenguaje, la estructuras, las personas y las escenas del Nuevo Testamento. Los textos del Nuevo Testamento guían a los seguidores de Jesús del siglo I a la hora de afrontar el poder de Roma que crucificó a Jesús.

Y, en segundo lugar, veremos que los autores del Nuevo Testamento evalúan y abordan de maneras diferentes el imperio de Roma. Esta variedad y diversidad en la forma de abordarlo aparecerá en cada capítulo del presente libro.

Son al menos dos los factores que, a nosotros, en cuanto lectores del siglo XXI, nos ocultan este mundo imperial romano.

El primer factor atañe a la relación existente entre religión y política. Con frecuencia consideramos la religión y la política como realidades separadas y distintas. La religión pertenece a la esfera de lo personal, individual y privado; la política, a la de lo social, colectivo y público. Por supuesto, cabe discutir hasta qué punto la religión y la política están separadas realmente (piénsese en el eslogan “político” “Dios bendiga a los Estados Unidos” o en quienes buscan el martirio en el nombre del islam). Pero, en el mundo romano del siglo I, a nadie se le ocurría pensar que la religión y la política estuvieran separadas. Roma afirmaba que su imperio era tal por mandato de los dioses. Aquellos a quienes consideramos jefes religiosos con sede en Jerusalén, como los sumos sacerdotes y los escribas, eran en realidad los jefes políticos de Judea y aliados de Roma (Josefo, *Ant.* 20.251). Este entremezclarse de la política y la religión va a ser continuamente objeto de nuestro estudio.

El segundo factor parte de que, por nuestra condición de lectores del siglo XXI, carecemos a menudo de conocimientos acerca del mundo imperial de Roma. Esta carencia de conocimientos resulta perfectamente comprensible, dado que nuestro mundo difiere mucho del mundo imperial en el que nacieron los textos del Nuevo Testamento hace dos mil años. Sin embargo, comprender el mundo de Roma tiene importancia para leer los textos neotestamentarios, porque esos textos dan por supuesto que los lectores saben cómo estaba estructurado el mundo

romano y cómo era. Los textos no se detienen a explicárnoslo. No nos lo detallan.

Muy al contrario, la obligación de aportar los conocimientos correspondientes recae sobre nosotros. Hemos de saber, por ejemplo, que cuando Jesús llama a unos pescadores galileos a seguirle (Mc 1,16-20), la pesca y los pescadores estaban profundamente insertos en el sistema imperial romano. Al emperador se le consideraba soberano de tierra y mar, y su soberanía se expresaba en los contratos de pesca y en los impuestos sobre las capturas. El llamamiento hecho por Jesús a Santiago, Juan, Andrés y Simón Pedro redefine la relación de éstos con el mundo de Roma y su implicación en él.

Resulta razonable esperar que la gente del siglo I aportara la información que los textos presuponen, puesto que esa gente compartía el mismo mundo que los autores. Pero a nosotros, que los leemos más de dos milenios después y en un mundo muy diferente, nos es difícil. Si no entendemos el mundo imperial romano, nos resultará arduo entender los textos del Nuevo Testamento.

A modo de primer paso para alcanzar parte de esos conocimientos que se presuponen, voy a esbozar la estructura del imperio romano. En el capítulo siguiente describiré algunas de las maneras en que los textos neotestamentarios valoran el imperio de Roma. En los capítulos posteriores entraré en detalles de aspectos concretos del mundo de Roma y maneras como lo afrontaban quienes escribieron el Nuevo Testamento.

### *El mundo imperial romano*

En el siglo I, Roma dominaba el territorio y la población situados alrededor del mar Mediterráneo. Su imperio se extendía desde (la actual) Gran Bretaña, al noroeste, hasta (las actuales) Turquía y Siria, al este, atravesando Europa y pasando por (las actuales) Francia y España, y a lo largo del norte de África al sur. Roma gobernaba una población total estimada entre

60 y 65 millones de personas de diversos orígenes étnicos y culturas.

El imperio era muy jerárquico y presentaba grandes desigualdades en lo tocante al poder y la riqueza. Para la pequeña élite gobernante, la vida era muy confortable. Para la mayoría de la población, que no pertenecía a esa élite, la vida era llevadera, en el mejor de los casos, y muy amarga, en el peor. La clase media no existía, las oportunidades de mejorar la propia suerte eran pocas, y las protecciones en medio de las adversidades, escasas.

El imperio romano era un imperio *aristocrático*. Este término significa que el mando estaba en manos de una pequeña élite que constituía entre el 2 y el 3 por ciento de la población, aproximadamente. Esta élite era la que configuraba la experiencia social de los habitantes del imperio, determinaba la “calidad” de vida, ejercía el poder, controlaba la riqueza y disfrutaba de una elevada posición.

El imperio romano era también un imperio *agrario*. Su riqueza y su poder se basaban en la tierra. Los miembros de la élite no gobernaban en virtud de elecciones democráticas. En parte lo hacían debido al control hereditario que ejercían sobre los principales recursos del imperio: la tierra y la mano de obra. Eran los propietarios de la tierra del imperio y consumían alrededor del 65 por ciento de lo que ésta producía. Explotaban a una mano de obra barata formada por esclavos y arrendatarios. Vivían a costa de quienes no pertenecían a la élite. Las élites locales, regionales e imperiales cargaban a los demás con tributos, impuestos y rentas, con lo cual obtenían riqueza de quienes no pertenecían a la élite gravando la producción, la distribución y el consumo de bienes. Los impuestos y las rentas se pagaban, habitualmente, en especie, de manera que, según nuestras estimaciones, un pequeño agricultor o un pescador entregaba literalmente a las élites entre el 20 y el 40 por ciento de sus capturas, sus cosechas o sus rebaños. No pagar los impuestos se consideraba rebelión, porque suponía negarse a reconocer

la soberanía de Roma sobre la tierra, el mar, la mano de obra y la producción. Las represalias militares de Roma, cuando se producía ese impago, eran inevitables e implacables.

El imperio romano era también un imperio *legionario*. Aparte de controlar los recursos, la élite gobernaba este imperio agrario mediante la coacción. El instrumento principal de dicha coacción era el tan cacareado ejército romano. Además, la élite controlaba diversas formas o “medios” de comunicación, como el diseño de las monedas, la erección de monumentos y la construcción de diversas edificaciones. Estos instrumentos comunicaban los valores romanos de la élite y daban forma a las ideas. Aparte de esto, las redes de patronazgo y las alianzas entre Roma y las élites de las provincias también extendían el control, mantenían el *statu quo* e imponían los intereses de la élite. Jesús describe negativamente esta jerarquía y este control con estas palabras: “Sabéis que los jefes de las naciones las gobiernan tiránicamente y que los magnates las oprimen” (Mt 20,25).

### *El emperador y la élite gobernante*

El emperador presidía el imperio. Se concentraba en los asuntos financieros y militares (que incluían la diplomacia), que eran cruciales para conservar el poder romano y para cosechar los abundantes frutos de poder y riqueza de la élite. Los trece emperadores cuyos reinados tuvieron lugar en el siglo I fueron varones. Como ostentaba el título de “padre de la patria” (*pater patriae*), el emperador personificaba la estructura del imperio, que tenía a los varones por dominadores y centro. Esto no significa que las mujeres no desempeñaran ningún papel. En la casa imperial, las mujeres ejercían una influencia considerable; las mujeres adineradas de la élite participaban en los negocios y en la jefatura de las ciudades, y las mujeres que no formaban parte de la élite intervenían en la economía doméstica y en la de las localidades. Pero el imperio seguía siendo un mundo dominado por los varones.

### *La fuerza militar*

El imperio de Roma era un imperio legionario. Los emperadores necesitaban la lealtad de las legiones, la unidad básica de organización del ejército, para ejercer su soberanía, imponer la sumisión e intimidar a quienes consideraban la posibilidad de sublevarse. Fueron varios los emperadores que, como Vespasiano en el año 69, alcanzaron el poder asegurándose el apoyo de legiones clave. En el siglo I había aproximadamente 25 legiones de unos 6.000 soldados cada una. Las legiones contaban con gran número de reclutas procedentes de las provincias. Además de con batallas propiamente dichas, la sumisión y la cooperación se aseguraban con el uso de la “diplomacia coactiva” (la presencia de las legiones por todo el imperio y la amenaza de una acción militar). Las legiones también difundían la presencia romana construyendo carreteras y puentes, y mejoraban la productividad incrementando la tierra fértil disponible mediante la tala de bosques y el drenaje de pantanos. Los ejércitos necesitaban alimento, hospedaje y suministros de vestimenta y pertrechos para la guerra. Una fuente de esos suministros eran los impuestos y los gravámenes especiales; por ejemplo, sobre el trigo o el maíz de la región donde estaba estacionada la legión. El poder de la élite romana se aseguraba con los militares a costa de quienes no formaban parte de la élite.

### *Las alianzas de la élite*

Los emperadores gobernaban en relación con la élite tanto en Roma como en las principales ciudades de las provincias. Roma estableció alianzas con reyes clientes, como el rey Herodes, que gobernaba con el permiso de Roma y promovía los intereses de ésta. La élite, dotada de una riqueza procedente de la tierra y el comercio, proporcionaba el personal que ocupaba diversos cargos públicos y militares por todo el imperio, como los de gobernadores provinciales, magistrados y funcionarios, y miembros de los consejos ciudadanos locales. Estos cargos

mantenían el orden y la estructura jerárquica del imperio que tanto beneficiaba a la élite. Las relaciones entre el emperador y la élite eran complejas. Como los beneficios del poder eran grandes, esas relaciones solían combinar la deferencia por el emperador, la interdependencia, la competencia por un poder y una riqueza inmensos, la tensión y la desconfianza mutua.

En Roma, el poder se hallaba concentrado en el Senado, que estaba formado por unos 600 miembros sumamente acaudalados. El Senado tenía la responsabilidad de legislar y supervisaba el gobierno que sus miembros ejercían a través de diversos cargos públicos y militares. En él había tanto romanos como miembros de las élites de provincias nombrados por el emperador. Los senadores constituían el nivel más importante de la élite, pero ésta también incluía otros dos niveles que tenían su fundamento en cantidades de riqueza algo menores, pero que seguían siendo, no obstante, sustanciosas: el orden ecuestre y los decuriones. Los miembros de estos órdenes también ocupaban cargos públicos y militares por todas las ciudades principales del imperio.

Las personas designadas desempeñaban sus funciones en continua referencia al emperador, que tenía su corte en Roma. Plinio, el gobernador de Bitinia-Ponto (en la costa norte de Asia Menor) en los años 109-111 EC, escribe unas 116 cartas al emperador Trajano buscando el consejo de éste acerca de diversas cuestiones administrativas: confinamiento de prisioneros; construcción de termas; restauración de templos; establecimiento de una brigada de bomberos; determinación de quiénes han de ser los miembros de los senados locales; toma de decisiones legales; construcción de canales, acueductos y teatros; otorgamiento de la ciudadanía romana y preguntas sobre qué hacer en relación con los cristianos que habían sido denunciados ante él. Las cartas de Plinio ponen de manifiesto la deferencia de éste y su inclinación a hacer la voluntad del emperador. Las respuestas del emperador hacen presente su voluntad en la provincia.



Para lograr nombramientos para puestos tan prestigiosos y lucrativos, los miembros de la élite necesitaban el favor o patronazgo del emperador. Competían por dicho favor con despliegues de riqueza, interés ciudadano e influencia. Estos despliegues podían consistir, por ejemplo, en ejercer el liderazgo en el ámbito militar, en financiar una fiesta o un espectáculo, en construir una fuente, unas termas o cualquier otro edificio público, en proporcionar donaciones de alimentos o en patrocinar las reuniones de un grupo gremial o religioso. Estos actos de patronazgo ponían públicamente de manifiesto la riqueza e influencia de una persona de la élite, así como su lealtad al emperador y su apoyo activo al *statu quo* jerárquico. Además, los actos de patronazgo incrementaban el prestigio social creando clientes de rango inferior que dependían de los patronos pertenecientes a la élite. El emperador recompensaba esos despliegues de buenas obras públicas (lo que se ha dado en llamar “euergetismo”) con ulteriores oportunidades de ejercer el poder y de conseguir riqueza mediante nombramientos para cargos públicos o militares.

Los emperadores que no tomaron en serio la asociación con las élites romana y de las provincias, y no quisieron compartir con ellas los enormes beneficios del poder y la riqueza, tuvieron, habitualmente, un final truculento. En medio de diversas luchas por el poder, varios emperadores acabaron asesinados: Calígula (37-41), Claudio (41-54), Galba (68-69), Vitelio (69) y Domiciano (81-96). Otros, como Nerón (54-68) y Otón (69), se suicidaron. Durante la guerra civil de los años 68-69, cuatro emperadores (Galba, Otón, Vitelio y Vespasiano), respaldados por diversas legiones, reclamaron como suyo el poder supremo durante breves períodos de tiempo. El victorioso Vespasiano (69-79) proporcionó cierta estabilidad, pues le sucedieron dos hijos suyos: Tito (79-81) y Domiciano (81-96). Los evangelios del Nuevo Testamento se escribieron durante estas décadas. Probablemente, Marcos se compuso alrededor del año 70; Mateo, Lucas y Juan, en los años ochenta o noventa.

### *La sanción divina*

Además de con la posesión de recursos, la fuerza militar y unas relaciones fluidas con la élite, los emperadores aseguraban su poder reclamando como suyo el favor de los dioses. La teología imperial proclamaba que Roma fue escogida por los dioses, especialmente por Júpiter, para gobernar un “imperio sin fin” (Virgilio, *Eneida* 1.278-279). Roma fue escogida para manifestar en todo el mundo el dominio, la presencia y el favor de los dioses. Las observancias religiosas practicadas con ocasión de eventos públicos formaban parte integral de la vida pública, económica y política de Roma.

Los emperadores tenían que demostrar de manera individual que eran los receptores del favor divino. Diversos relatos cuentan experiencias, signos y sueños asombrosos que se entendían como demostración de la elección de emperadores concretos por parte de los dioses. Por ejemplo, tras el suicidio de Nerón en el año 68 se produjo una lucha por la sucesión. En la guerra civil que siguió, tres figuras (Galba, Otón y Vitelio) reclamaron el poder durante breves períodos de tiempo antes de que Vespasiano se alzara con la victoria. Para fundamentar el reinado de Vespasiano, Suetonio cuenta un sueño en el cual Nerón ve cómo el carro de guerra de Júpiter viaja hasta la casa de Vespasiano (*Vespasiano* 5.6). Este sueño presenta a Vespasiano como el sucesor divinamente legitimado de Nerón. En una línea similar, Tácito cuenta que los dioses abandonan al emperador Vitelio para unirse a Vespasiano, dando a entender con ello que han elegido a éste como emperador (*Historias* 1.86).

La continua sanción de los emperadores por parte de los dioses se reconocía y buscaba en lo que denominamos culto imperial, que se celebraba en todo el imperio. La expresión “culto imperial” hace referencia a una extensa serie de templos, imágenes, ritos, personal y afirmaciones teológicas que honraban al emperador. Los templos dedicados a emperadores concretos, y las imágenes de emperadores emplazadas en otros templos, eran puntos que concentraban el ofrecimiento de

acciones de gracias y oraciones a los dioses por la salvaguarda y la bendición de los emperadores y los miembros de la casa imperial. El incienso, los sacrificios y los votos anuales expresaban y renovaban la lealtad ciudadana. Las procesiones por las calles y las comidas festivas que todo ello llevaba aparejadas, a menudo costeadas por las élites, expresaban un tributo de honor y gratitud, al tiempo que conmemoraban acontecimientos importantes como el natalicio del emperador, su accesión al poder o sus victorias militares. Los actos de culto también estaban incorporados a las reuniones de grupos como las asociaciones de artesanos y los religiosos. En estas actividades, las élites desempeñaban un papel destacado, patrocinando celebraciones, manteniendo edificios y encabezando festejos públicos y grupales. Estas diversas celebraciones presentaban como divinamente ordenado el imperio presidido por el emperador. Desplegaban y reforzaban el control practicado por la élite. Invitaban a quienes no pertenecían a la élite a la sumisión, expresaban esta actitud, la estimulaban y la aseguraban.

La participación en el culto imperial no era obligatoria. Su celebración no era uniforme en todo el imperio ni fue constante a lo largo del siglo I. Mientras que en muchas ciudades se ofrecían sacrificios e incienso a la imagen del emperador, en el templo de Jerusalén, por ejemplo, se ofrecían sacrificios y plegarias cotidianos *por* el emperador, pero no *a* su imagen. Aunque no se exigía la participación, había instancias que animaban activamente a ella, en especial las élites locales que financiaban esas actividades y edificios, y desempeñaban la función de sacerdotes o de presidentes de las celebraciones imperiales. Los hombres y las mujeres de la élite desempeñaban la función de sacerdotes y sacerdotisas del culto imperial (y también de muchos otros grupos religiosos) porque podían financiar las celebraciones y obtener con ello prestigio social y poder personal. Esta actividad sacerdotal, abierta tanto a hombres como a mujeres, no era una vocación de por vida que requiriera formación en un seminario o voto de celibato (o ambas cosas); lo que se necesitaba era, más bien, ser de buena cuna

y poseer riquezas, posición social y deseos de acrecentar la propia fama.

### *Los valores de la élite*

Junto con el emperador, los miembros de las élites creaban, mantenían y ejercían el poder, la riqueza y el prestigio mediante el desempeño de unos papeles fundamentales: los de guerrero, recaudador de impuestos, administrador, patrono, juez y sacerdote. Estos papeles ejemplifican valores clave de la élite.

- El dominio y el poder son los más importantes y están omnipresentes en la estructura social. Estos valores eran celebrados, por ejemplo, con el “triumfo” cuidadosamente organizado que tenía lugar en Roma cuando un general victorioso entraba en la ciudad haciendo gala del botín y los cautivos tomados en batalla, haciendo desfilar al cabecilla enemigo capturado, ejecutándolo y dando gracias a Júpiter por la victoria de Roma. El triunfo, como el que celebró la destrucción de Jerusalén por parte de Roma en el año 70 EC, hacía alarde del poderío militar de Roma, de su poder victorioso, de su jerárquico orden social, de su economía legionaria y de su bendición divina.
- Las élites consideraban importante la ostentación pública realizada mediante los cargos públicos y militares, el patronazgo y el euergetismo (“buenas acciones públicas”) que acrecentaban su honor, riqueza y poder. Su liderazgo público era expresión de una visión del Estado que consideraba éste propiedad de la élite. Las aportaciones a la sociedad no se realizaban con vistas al máximo bien común, sino con vistas al privilegio y el enriquecimiento personales y, a su vez, con vistas al bien de los herederos propios. Estos actos mantenían la desigualdad y el privilegio en el ámbito político, económico y social, no los transformaban.

- Las élites mostraban desprecio por las labores productivas y manuales; no realizaban ninguna labor manual, pero dependían del trabajo de otros, como los pequeños agricultores y los artesanos, y se beneficiaban de él. Los esclavos formaban parte esencial del sistema romano. Eran una fuente relativamente barata y forzada de mano de obra cuya productividad enriquecía a la élite. Los esclavos proporcionaban fuerza física, así como destrezas sumamente valoradas en el campo de la educación, los negocios y la medicina. Desempeñaban toda clase de papeles: duras labores físicas de cultivo de la tierra, servicio doméstico, satisfacción de las necesidades sexuales de sus dueños, educación de los hijos de la élite y gestión empresarial y financiera de las fincas y los asuntos comerciales del amo. Los impuestos con los que se gravaba la actividad productiva (agricultura y ganadería, pesca, minería, etc.) también expresaban ese desprecio por el trabajo; al mismo tiempo, su recaudación aseguraba a la élite una fuente constante de ingresos que eximía a sus miembros de la necesidad de trabajar. Este valor separaba claramente a la élite del resto.
- Un cuarto valor guardaba relación con el consumo ostentoso. Las élites hacían alarde de su riqueza con sus viviendas, sus ropas, sus joyas, sus alimentos y con su posesión en propiedad de tierras y esclavos. También hacían alarde de ella con diversas obligaciones ciudadanas: financiar banquetes, juegos y donaciones de alimentos; presidir actos religiosos públicos; construir instalaciones para el servicio de la ciudad; erigir estatuas; beneficiar a sus clientes. Podían permitirse esos alardes porque los impuestos y las rentas proporcionaban una constante (y forzada) fuente de riqueza. Su abrumador poder para extraer riqueza (mediante los impuestos) de quienes no pertenecían a la élite dejó en buena medida anticuadas las costumbres de acumular riqueza o invertirla.

- Un quinto valor atañe a un sentido de superioridad y se sustentaba y expresaba mediante la capacidad de someter, coaccionar, explotar y extraer riqueza. Roma estaba destinada por los dioses a dominar. Otros, como “los judíos y los sirios nacieron para la servidumbre”, según Cicerón (*De provinciis consularibus* 10). Según Josefo, el futuro emperador Tito exhorta a sus tropas a la victoria sobre los judeanos afirmando que éstos son “inferiores” y han “aprendido a ser esclavos” (Josefo, *GJ* 6,37-42). Roma era superior a los habitantes de las provincias; la élite acaudalada y poderosa, a quienes no pertenecían a la élite; los varones, a las mujeres.

### *Los que no pertenecían a la élite*

Hasta el momento me he centrado en la élite gobernante, especialmente en la jerárquica estructura social que esa élite mantenía y de la cual se beneficiaba inmensamente. Éste es el mundo al que se enfrentaba cada día la mayor parte de la población, quienes no pertenecían a la élite.

- Puesto que quienes no pertenecían a la élite constituían aproximadamente el 97 por ciento de la población, no resulta sorprendente que la mayoría de los primeros cristianos pertenecieran a este grupo.
- Los que no pertenecían a la élite estaban separados del poder, la riqueza y la categoría de la élite por una distancia enorme. No había clase media, y las oportunidades para mejorar la suerte propia eran escasas. Era más frecuente que la cuestión clave fuera la de la supervivencia. No existía ningún “sueño romano” de ascender en la vida en virtud del propio esfuerzo.
- Quienes no pertenecían a la élite estaban marcados por distintos grados de pobreza. Unos se ganaban aceptablemente la vida con el comercio. La mayoría se las arreglaban con dificultades gracias al comercio, las destrezas

artesanas o las actividades agropecuarias. Casi todos pasaban por períodos de abundancia y de penurias, de manera que muchos de quienes no pertenecían a las élites vivían a menudo con lo justo para subsistir o con menos. Si las cosechas fallaban, si los impuestos subían o si la élite retenía los víveres de una ciudad para forzar la subida de los precios, la protección era escasa.

- Muchos pasaban por períodos frecuentes de carestía de alimentos. La mala salud era algo generalizado. El índice de mortalidad infantil era elevado: quienes no llegaban a los diez años de edad tal vez constituían hasta el 50 por ciento del total. La mayoría de los adultos no pertenecientes a la élite morían entre los treinta y los cuarenta años. La esperanza de vida de la élite era más larga.
- Para quienes no pertenecían a la élite, la vida urbana entrañaba hacinamiento, suciedad, malos olores, y estaba sometida a numerosos peligros: inundaciones, incendios, carestías de alimentos, agua contaminada, enfermedades infecciosas, excrementos humanos y animales, tensiones étnicas y trabajo irregular. La vida rural también se enfrentaba a muchos de estos peligros. Además, el encadenamiento de malas cosechas entrañaba carestías inmediatas, escasez de semillas para el año siguiente, pocas opciones de comerciar para obtener lo que un campesino no podía producir, la probable ruptura de familias extensas en el caso de que algunos de sus miembros se vieran obligados a marcharse a las ciudades para encontrar trabajo, y la imposibilidad de pagar impuestos o de devolver préstamos, con el consiguiente riesgo de embargo de las tierras. La angustia y el estrés por la supervivencia diaria estaban muy extendidos. Me ocuparé de la vida urbana más adelante, en el capítulo 4, y de las carestías y enfermedades en el capítulo 7.

### *Dominación y resistencia*

Como hemos visto, las élites ejercían una *dominación material* sobre quienes no pertenecían ellas, pues se apropiaban de su producción agropecuaria y de su mano de obra. El duro trabajo manual de quienes no pertenecían a las élites y las extracciones forzadas de su producción sostenían el lujoso y elegante tren de vida de la élite. Quienes no pertenecían a la élite afrontaban aún otro coste, más personal. La dominación influye profundamente en el *bienestar y los sentimientos* personales. Priva a la gente de su dignidad. Degrada y humilla. Exige no sólo la producción agropecuaria, sino el pago de un enorme coste personal de ira, resentimiento e inferioridad aprendida. Además, las élites legitimaban y expresaban su dominación con una *ideología o conjunto de convicciones*: afirmaban que ésa era la voluntad de los dioses (véanse los capítulos 5 y 6, *infra*), y sostenían que la jerarquía social y la explotación eran simplemente la realidad de las cosas.

¿Cómo afrontaban este mundo quienes no pertenecían a las élites? Una postura práctica era cooperar con una conducta deferente y sumisa. Sin embargo, algunos estudios han demostrado que, cuando se impone un poder dominante, existe resistencia. Alimentada por la ira y el resentimiento, esa resistencia puede adoptar formas diversas. En ocasiones llega hasta la sublevación violenta, como la que tuvo lugar en Judea contra Roma en los años 66-70 EC. Pero habitualmente esas sublevaciones eran aplastadas con rapidez y dureza.

Que no haya una sublevación violenta no significa que no haya protesta. A veces, las protestas adoptaban formas más públicas, como los hurtos en propiedades de la élite, la evasión de impuestos, la lentitud en el trabajo, la negativa rotunda a trabajar o el ataque a un símbolo de la dominación.

Pero, dado que los enfrentamientos directos violentos o desafiantes provocan duras represalias, es más frecuente que, entre los grupos dominados, las protestas sean soterradas o “entre bastidores”. Al parecer, una conducta dócil puede ser



ambigua. La protesta es a menudo disimulada, calculada y cauta. Puede conllevar contar historias que ofrezcan una alternativa o contraideología para negar la ideología dominante de la élite y para afirmar la dignidad o igualdad de quienes no pertenecen a ella. Puede incluir fantasías de violenta venganza y juicio sobre las élites. Puede imaginar una inversión de papeles favorable a quienes no pertenecen a la élite. Puede emplear un lenguaje cifrado con mensajes secretos de libertad (“el reinado de Dios”) o un “lenguaje con doble sentido” que parece someterse a las élites (“dad al César lo que es del César”) pero contiene, para quienes tienen oídos para oír, un mensaje subversivo (“y a Dios lo que es de Dios”). Puede situar en un contexto nuevo un acto de la élite encaminado a humillar (como el de pagar impuestos) atribuyéndole un significado diferente que dignifica a los dominados. Puede crear colectivos que afirmen modos de proceder y relaciones sociales que difieren de los modelos de dominación. El especialista James Scott resume este tipo de protesta con un proverbio etíope: el general (o emperador, terrateniente, gobernador o amo) pasa; el campesino hace una inclinación y se pide.

Inclinarse parece expresar una deferencia adecuada. Pero la aparente docilidad queda limitada por el acto ofensivo e irrespetuoso de pederse. Este acto no violento es, sin embargo, oculto, disimulado, anónimo y protege la identidad del que discrepa. Este acto no va a cambiar el sistema, pero expresa disconformidad y cólera. Afirma la dignidad del campesino como alguien que rechaza estar completamente sometido. Da testimonio de una red mucho más amplia de protesta y disconformidad respecto al orden social de la élite y su versión de la realidad. Esta red de protesta, que se ha llamado “transcripción oculta”, ofrece una visión de la dignidad y las relaciones humanas que constituye una alternativa a la “transcripción pública” de la élite, su versión oficial de cómo se debe organizar la sociedad.

Los escritos del Nuevo Testamento se pueden considerar, en parte, “transcripciones ocultas”. No son escritos públicos

dirigidos a la élite ni que tengan por destinatario a cualquier persona que quiera leerlos. Están escritos en y para comunidades de seguidores de Jesús, crucificado por el imperio. Los escritos del Nuevo Testamento ayudan a los seguidores de Jesús a la hora de afrontar el mundo de Roma. Debido a su adhesión a la enseñanza y los hechos de Jesús, con frecuencia discrepan de la manera como Roma organiza la sociedad. A menudo, aunque no siempre, intentan crear modos alternativos de ser persona humana y de participar en la colectividad humana que reflejen los designios de Dios. A menudo, aunque no siempre, ofrecen maneras de proceder y de vivir que con frecuencia difieren de forma importante de los modelos de dominación y sumisión del mundo de Roma. A menudo, aunque no siempre, proporcionan maneras diferentes de entender el mundo, de hablar acerca de él, de vivir y relacionarse —rechazando en todo momento tanto la opción de una huida total del imperio de Roma como la de transigir totalmente con él—. Este afrontamiento diverso y variado constituye el tema de este libro.



## Una evaluación del imperio de Roma

En el capítulo 1 he descrito la estructura jerárquica del imperio romano, que beneficiaba a la élite gobernante a costa de quienes no pertenecían a ella. También he señalado varias maneras como dicha élite aseguraba y acrecentaba su poder, categoría y riqueza:

1. Los cargos políticos. Las élites controlaban todos los cargos políticos, incluidos los puestos públicos y militares, para su propio beneficio, sin mirar al bien común.
2. La propiedad de la tierra. Las élites controlaban vastas extensiones de tierra. La tierra era fundamental para la riqueza. Las élites también participaban en el comercio por tierra y mar.
3. La mano de obra barata, ya fueran esclavos, jornaleros, artesanos o pequeños agricultores, producía bienes en gran medida para que los consumiera la élite.
4. Los impuestos, tributos y rentas, por lo general pagados en especie (y no con cheque ni tarjeta de crédito), hacían que la riqueza pasara, literalmente, de quienes no pertenecían a la élite, a manos de ésta.
5. El poderío militar obtenía nuevos territorios, extendía la dominación e imponía la docilidad. Los rumores acerca de su eficacia o brutalidad prevenían sublevaciones.

6. Las relaciones patrono-cliente. Un complejo sistema de patronos de la élite y de clientes dependientes, sistema que se extendía desde el emperador hasta los niveles inferiores de la sociedad, hacía ostentación de riqueza y poder para elevar la posición de la élite, crear dependencia y asegurar la lealtad, dependencia y sumisión de quienes no pertenecían a la élite. La competencia por el poder y la posición entre los miembros de la élite requería alardes de riqueza e influencia en diversos actos de caudillaje público (realizados siempre en beneficio propio).
7. La teología imperial. Roma sostenía que los dioses la habían elegido para gobernar un “imperio sin fin” y para manifestar la voluntad y las bendiciones de esos dioses. Las ofrendas hechas a imágenes de figuras imperiales y las fiestas callejeras celebraban el poder de Roma y sancionaban su jerárquico orden social.
8. La retórica. Mientras que el ejército de Roma forzaba la docilidad, los discursos pronunciados con ocasión de eventos públicos y diversos géneros de escritos (historia, filosofía, etc.) persuadían a quienes no pertenecían a la élite de que debían ser dóciles y cooperar.
9. El sistema legal. El sistema legal de Roma se mostraba claramente parcial: era favorable a la élite y contrario al resto. Protegía la riqueza y la categoría de la élite, y en la aplicación de los castigos procuraba adecuar éstos no al delito cometido, sino a la posición social del acusado.
10. Las ciudades. Los centros urbanos ponían de manifiesto el poder, la riqueza y la categoría de la élite romana y extendían el control sobre el territorio circundante.

En el presente capítulo vamos a examinar la evaluación que los autores del Nuevo Testamento hacen de este mundo imperial romano. Las opciones que se ofrecen a esos autores son muchas. Una es estar tan absortos en lo celestial que el mundo

imperial romano no tenga para ellos ningún interés. Otra es estar tan contentos de someterse a él que se limiten a dar por supuesta su existencia sin plantear ninguna cuestión acerca de él. Otra más es entenderlo como decretado por Dios y acatarlo pasivamente. Otra opción más es estar convencidos de que es demoníaco y no tiene remedio y oponerse a él de tal manera que se pongan los ojos únicamente en el futuro de Dios. ¿Qué piensan los autores del Nuevo Testamento sobre este mundo? ¿Qué perspectivas adoptan para evaluarlo?

Una fuente importante de perspectivas que los autores del Nuevo Testamento tienen a su disposición es la Biblia hebrea. Los autores del Nuevo Testamento conocen tradiciones relativas a la vivificadora creación, por parte de Dios, de un mundo bueno. Están familiarizados con la larga historia de luchas sostenidas por Israel con potencias imperiales, fueran éstas egipcias, asirias, babilónicas, persas o helenísticas. Están al tanto de los acontecimientos fundamentales del éxodo de Egipto y del exilio a Babilonia y el regreso desde allí. También saben del compromiso de Dios con la justicia para todos, expresado, por ejemplo, mediante un rey justo (Sal 72). Conocen tradiciones sobre el ministerio de Jesús según las cuales éste fue crucificado por Roma. Dichas tradiciones sirven a menudo de marco a la valoración que esos autores hacen del mundo de Roma. No están tan centrados en “lo espiritual”, ni tan “absortos en lo celestial”, ni son tan “religiosos”, como para afirmar que Dios no se interesa por la vida cotidiana que se vive en el mundo de Roma. Muy al contrario, evalúan el mundo de Roma en relación con los designios vivificadores de Dios. Ponen el mundo de Roma en perspectiva teológica y emiten varios veredictos teológicos sobre él.

Vamos a examinar cuatro valoraciones muy diferentes que constituyen un abanico de opiniones sobre el mundo de Roma. Posteriormente indicaremos las estrategias o conductas concretas que esas valoraciones sugieren para la vida cotidiana.

### 1. *El imperio es del diablo*

Las “transcripciones ocultas” de varios textos del Nuevo Testamento formulan un veredicto absolutamente negativo sobre el imperio romano, según el cual éste se encuentra controlado por el diablo y es expresión de su voluntad. Vincular poderes sobrenaturales con poderes políticos terrenos no era algo inusitado en el mundo antiguo. Roma afirmaba que su imperio y dominación eran don y obra de Júpiter y los dioses. El libro de Daniel entiende que la guerra que tiene lugar en la tierra tiene su paralelo en una guerra en el cielo. Un ángel y el arcángel Miguel, “el protector de tu pueblo”, pelea contra el “ángel patrón” del reino de Persia antes de enfrentarse al príncipe o ángel patrón de Grecia (Dn 10,12-21; 12,1).

Algunos textos del Nuevo Testamento hacen su evaluación del imperio de Roma dentro del contexto de la lucha entre Dios y el diablo. El diablo, opuesto a los bondadosos designios de Dios, tienta a Jesús para que haga la obra del diablo, no la de Dios (Mc 1,9-11; Mt 4,1-11; Lc 4,1-13). En los dos relatos más largos de la “tentación”, en Mateo y Lucas, el diablo ofrece a Jesús todos los imperios o reinos de la tierra si el Maestro adora y rinde lealtad al diablo en lugar de a Dios:

“De nuevo el diablo lo llevó consigo a un monte muy alto, le mostró todos los reinos [o imperios] del mundo con su gloria y le dijo: ‘Todo esto te daré si te postras y me adoras’” (Mt 4,8-9).

“Después el diablo... le mostró en un instante todos los reinos [o imperios] de la tierra. El diablo le dijo: ‘Te daré todo el poder de estos reinos y su gloria, porque a mí me lo han dado y yo puedo dárselo a quien quiera’” (Lc 4,5-6).

Ambos relatos señalan al diablo como quien controla los imperios del mundo (de los cuales Roma es, en el siglo I EC, el más importante). Ambos presentan al diablo como quien tiene el poder de adjudicar los imperios del mundo a su gusto. Roma, por tanto, está bajo el control del diablo. Él es el poder que se encuentra detrás del trono romano.

En cambio, Jesús manifiesta el reino o imperio de Dios (Mc 1,15; Mt 4,17; Lc 4,43). Al hacer referencia al “reino”, “imperio” o “reinado” de Dios, utiliza en estos versículos la misma palabra que el diablo aplica a los “reinos” o “imperios” del mundo en Mt 4,8-9 y Lc 4,5-6. El uso de la misma palabra pone de relieve el contraste y la oposición existentes entre esas dos realidades. Jesús afirma el derecho de soberanía de Dios sobre el mundo sometido al control de Satanás y manifestado en el dominio de Roma. En sus exorcismos, por ejemplo, Jesús “expulsa” literalmente a los malos espíritus, poniendo de manifiesto que el reinado de Dios vence al reinado de Satanás (Mt 12,28).

Marcos indica que el imperio de Roma es del diablo en el relato del hombre poseído por un demonio (Mc 5,1-20). El nombre del demonio es “Legión”, la unidad fundamental del ejército romano. La vida del hombre poseído está marcada por la muerte (5,3), por la falta de control (5,3), por un poder sin restricciones (5,3-4) y por la destrucción violenta (5,5): una descripción del poder de Roma que no es precisamente halagadora. Jesús revela el poder del demonio al dirigirse a él (5,8) y hacer que se presente como “Legión” (5,9). El demonio suplica a Jesús que no lo eche de la región que ocupan (5,10). Jesús accede: le manda entrar en una piara de cerdos que se autodestruye en el mar (5,13). Significativamente, la mascota de la legión X Fretensis, que destruyó Jerusalén en el año 70 (en torno al tiempo en que se escribió Marcos), era el cerdo. La escena muestra el poder de Jesús sobre Roma y la destrucción de ésta.

La escena de exorcismo de Marcos presenta el poderío de Roma como expresión del poder demoníaco, como causa de estragos y destrucción, pero también sujeto a los designios de Dios manifestados en Jesús. Su eliminación significa que la gente puede volver a estar “vestid[a] y en su sano juicio” (5,15). Cabe señalar que estudios realizados sobre contextos opresores e imperiales muestran en éstos importantes incrementos de la



incidencia de enfermedades psicosomáticas y de conductas atribuibles a una posesión demoníaca.

El libro del Apocalipsis también presenta el imperio de Roma como el que expresa el poder del diablo y se opone a los bondadosos designios de Dios. Ap 12 revela que el diablo, “un gran dragón rojo” (12,3) que “anda seduciendo a todo el mundo” (12,9), se opone activamente a la Iglesia (12,17). En el capítulo 13, este dragón entrega su “fuerza, su trono y su inmenso poder” a una bestia salida del mar (13,2). Éste es el imperio romano, al que el diablo entrega el dominio sobre los habitantes de la tierra que lo adoran (13,1-10). La bestia se opone a Dios y al pueblo de Dios (13,6-7). Además, aparece una segunda bestia que actúa en favor de la primera: exige que se dé culto a la primera bestia. Y controla las relaciones económicas entre “pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos” marcándolos en la mano o en la frente (13,16). La marca denota posesión en propiedad y recuerda la señal de los esclavos (en contraste con la del pueblo de Dios: 7,2-4). Indica que todos son esclavos de las bestias y el dragón. Es decir, este capítulo revela que el sistema político-económico-religioso de Roma representa el dominio del diablo, se opone diametralmente a los designios de Dios y es un sistema esclavizante.

## *2. El mundo de Roma está sometido a juicio*

La historia de Marcos en la que se cuenta cómo el demonio Legión es expulsado del hombre no sólo presenta el imperio de Roma como sometido al poder de Satanás, sino que además declara el juicio de Dios sobre el orden imperial de Roma. Varios textos del Nuevo Testamento afirman que Dios acabará con el dominio de Roma juzgando y condenando el mundo de ésta. Tal declaración contradice la afirmación propagandística de Roma según la cual ésta es la “ciudad eterna” con un “imperio sin fin”.

En su previsión del juicio de Dios, algunos autores neotestamentarios emplean la categoría de los “dos mundos/edades” procedente de textos escatológicos judíos. Según entendía esa corriente de pensamiento, esta era, la era/mundo presente, era tan contraria a los designios de Dios, estaba tan dominada por gobernantes y terratenientes opresores y por el poder del diablo, que Dios iba a juzgar este mundo, esta era, poniéndole fin. Dios establecerá entonces una nueva era, un mundo nuevo en el que los designios divinos se cumplirán (por ejemplo, 1 Henoc 46–48).

Pablo emplea este mismo esquema. Les dice a los corintios que la “sabiduría” que él dice atañe a los designios de Dios, designios que están ocultos a quienes “gobiernan este mundo/era” y son contrarios a los que éstos tienen. La sabiduría de Dios “no es una sabiduría de este mundo/era ni de los poderes que gobiernan este mundo/era y están abocados a la destrucción” (1 Cor 2,6). Los gobernantes de Roma y su orden social están bajo el juicio de Dios. Pablo dice lo mismo en 1 Tes 5. Tras citar la habitual afirmación propagandística de que el imperio había traído “paz y seguridad”, Pablo pone al descubierto su falsedad hablando inmediatamente del juicio de Dios sobre el imperio. Identifica a éste con las tinieblas y la noche y pasa a hablar de la ira de Dios (1 Tes 5,1-10).

El evangelio de Juan habla, de manera parecida, del “gobernante de este mundo/era”, en singular. Este gobernante “será arrojado fuera” (12,31), “se acerca” (14,30) y “ha sido condenado” (16,11). Tradicionalmente, se ha entendido que este gobernante es el diablo. Pero varios datos hacen pensar que esa expresión también se refiere al conjunto de la élite gobernante jerosolimitana y a la romana, aliadas como representantes del diablo:

1. La misma palabra “gobernante” se aplica a los jefes de Jerusalén (3,1; 7,36.48; 12,42).
2. El evangelio cataloga a esos jefes como hijos del diablo (8,44-47).

3. La referencia al gobernante que “se acerca” (14,30) parece indicar, en la narración, el encuentro inminente de Jesús con los jefes de Jerusalén y con Pilato, el gobernador romano (18,1–19,25).
4. El evangelio reconoce que los jefes de Jerusalén y Pilato son aliados a la hora de representar y mantener el orden de Roma.

Los dirigentes de Jerusalén afirman: “No tenemos otro rey que el emperador”, en solidaridad con el gobernador romano Pilato, que crucifica a Jesús por amenazar el orden de Roma (Jn 19,15; cf. 11,48-53). La declaración que Jesús hace en 16,11 de que el gobernante de este mundo/era ha sido condenado formula, pues, el juicio de Dios sobre el diablo y sobre el orden romano, que manifiesta el poder y los designios del diablo.

Los evangelios de Marcos, Mateo y Lucas también utilizan el esquema de “los dos mundos/eras” para anunciar el juicio sobre el mundo de Roma. Contienen secciones escatológicas (Mc 13; Mt 24–25; Lc 21) que hablan de los signos que precederán al juicio de Dios sobre el mundo presente y a la futura venida o regreso de Jesús para efectuar dicho juicio. Mateo llama irónicamente a la venida de Jesús la “parusía” (en griego *parousia*) (Mt 24,3.27.37.39), término que habitualmente denota la llegada de un emperador o un comandante militar a una ciudad. Pero, en lugar de conectarlo con una afirmación de la soberanía de Roma, Mateo emplea dicho término para afirmar el dominio de Dios en la venida de Jesús. Mt 24,27-31 presenta esa venida como una batalla. Al utilizar “águilas”, y no la errónea traducción “buitres”, el versículo 28 (“donde está el cadáver, allí se reunirán las águilas”) describe como un cadáver el destruido ejército romano, representado por el símbolo del águila que se llevaba a la batalla y se protegía a toda costa. El juicio de Dios realizado por Jesús condena el imperio de Roma y le pone fin.

### 3. *Mientras tanto: actos de transformación*

Una tercera valoración se niega a aceptar que el orden imperial de Roma sea el modo en que Dios quiere que se estructure el mundo, e insta a los seguidores de Jesús a adoptar maneras de proceder (limitadamente) transformadoras, configuradas por los designios de Dios.

Lucas presenta el ministerio público de Jesús como un ministerio de transformación, enmarcándolo con una cita de Is 61,1-2. Jesús declara que está ungido por el Espíritu

“para anunciar la Buena Noticia a los pobres;  
me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos  
y dar vista a los ciegos,  
a libertar a los oprimidos,  
y a proclamar un año de gracia del Señor” (Lc 4,18-19a).

Estos versículos de Isaías, con su referencia al “año de gracia del Señor”, pertenecen a la tradición del jubileo. Esta tradición abarcaba un ciclo de años sabáticos (cada siete años) que culminaba en el año jubilar (cada cincuenta años) al final de siete ciclos de siete años. El año jubilar preveía que la gente quedara liberada de las deudas y la esclavitud, y que la tierra regresara a las casas que la poseyeron originariamente (Lv 25). Era un mecanismo socioeconómico encaminado a impedir que la riqueza y el poder se acumularan en manos de la élite de Israel. Se basaba en la idea de que la tierra y el pueblo entero pertenecían a Dios y debían vivir conforme a sus designios (Lv 25,23). No está claro con qué frecuencia se ponía esto en práctica, si es que se hizo alguna vez.

Al citar Is 61, el Jesús de Lucas ofrece una visión de la sociedad que pone en tela de juicio la estructura jerárquica de Roma, dominada por la élite. Jesús declara los designios de Dios, realiza estos actos transformadores a lo largo de su ministerio y encarga a sus discípulos que prolonguen ese ministerio. Su visión, sus actos y el ministerio continuado de sus seguidores empiezan a reparar el daño causado por el mundo de Roma

y anticipan el final de éste, cuando se cumplan los designios de Dios.

#### *4. Mientras tanto: comunidades alternativas*

En el mundo de Roma no existía la posibilidad de intervenir en el proceso político, de someter a votación enmiendas, de formar partidos políticos, de firmar peticiones o de encabezar movimientos reformistas de masas. Y la élite, desde luego, no estaba dispuesta a entregar su poder y su riqueza voluntariamente. De ahí que los textos del Nuevo Testamento insten con frecuencia a los lectores a formar comunidades alternativas cuyas maneras de proceder brinden alternativas vivificadoras a los métodos del imperio.

Pablo, por ejemplo, insta a las iglesias de la ciudad de Roma, llena de alardes de poder y privilegios de la élite, diciendo: “No os acomodéis a los criterios de este mundo; al contrario, transformaos, renovad vuestra mente, para que podáis descubrir cuál es la voluntad de Dios” (Rom 12,2). Una mente renovada lleva aparejado comprender el veredicto de Dios sobre el mundo de Roma, así como los designios de Dios para un mundo diferente. Pablo les instruye para que formen comunidades de apoyo mutuo, se amen unos a otros, no sean altaneros con los demás y den de comer a sus enemigos en lugar de vengarse de ellos (cap. 12). Está claro que estos modos de proceder difieren enormemente de la deuda y dependencia de las relaciones patrono-cliente, de la jerarquía y dominación del imperio y de la ejecución de represalias militares. Crean una experiencia social muy diferente y unas maneras muy diferentes de ser persona humana.

Asimismo, Pablo afirma que, en las comunidades de creyentes de la ciudad de Roma, las mujeres desempeñan papeles considerablemente diferentes. En contraste con la estructura patriarcal del imperio, que presentaba al emperador como “padre de la patria” y cabeza de una extensa familia, pero en

consonancia con el hecho de que algunas mujeres desempeñaban destacadas funciones públicas, Pablo reconoce a algunas mujeres funciones directivas importantes. A Febe (Rom 16,1-2), Prisca (16,3), María (16,6), Junias (16,7), Trifena y Trifosa (16,12) y la madre de Rufo (16,13), entre otras, las describe con un lenguaje que le sirve también para describir su propio ministerio de predicación, enseñanza, atención pastoral y siempre de la Iglesia. Es decir, su lenguaje reconoce los legítimos e importantes ministerios de esas mujeres.

Pablo organiza también una colecta entre sus comunidades gentiles para aliviar los padecimientos de los creyentes de Jerusalén (1 Cor 16,1-4; 2 Cor 8-9; Rom 15,25-28). En la colecta de Pablo saltan inmediatamente a la vista cuatro contrastes con los usos fiscales de Roma: (1) los recursos que fluyen *desde* Macedonia y Acaya *hasta* Judea van en dirección contraria a los que fluyen *desde* las provincias *hasta* Roma; (2) la colecta es una aportación voluntaria y no un impuesto forzado; (3) no es un don de quienes no forman parte de la élite para mantener un tren de vida lujoso; (4) la intención es mitigar los padecimientos, no causarlos.

El Jesús de Mateo insta de manera parecida a los creyentes a formar comunidades alternativas con maneras de proceder alternativas. Mientras que “los jefes de las naciones las gobiernan tiránicamente”, Jesús declara: “No ha de ser así entre vosotros”. En lugar de dominación y tiranía, los seguidores de Jesús han de vivir como esclavos que buscan el bien del otro (20,24-28). El evangelio de Juan insta de manera semejante a un proceder colectivo de servicio mutuo (Jn 13,14.34-35). Santiago sale al paso de la costumbre, culturalmente imitativa, de favorecer a los ricos a costa de los pobres, animando a proceder al contrario. El favor de Dios eleva a los pobres (Sant 2,1-7).

Numerosos textos instan a los seguidores de Jesús a mostrar misericordia práctica aliviando el terrible sufrimiento del mundo de Roma. 1 Jn 3,16-17 condena a quienes dicen conocer el amor de Dios y cuentan con recursos (“bienes de este mundo”),

pero se niegan a ayudar a quienes pasan necesidad. Pablo (Rom 12,19-21), Mateo (6,1-4; 25,31-46) y Hechos (11,27-30) instan a realizar obras parecidas de misericordia práctica. Ninguno de estos modos de proceder puede reducir las enormes injusticias del sistema de Roma, pero ofrecen una alternativa al consumo ostentoso de la élite y ayudan a sus víctimas a sobrevivir de manera más satisfactoria.

### *5. Someterse al emperador, rezar por él y honrarle*

Otros textos del Nuevo Testamento valoran el mundo de Roma de manera muy distinta. Quizá el más sorprendente sea el pasaje de Rom 13,1-7. Tan sólo un capítulo después de haber instruido a los creyentes para que no se avengan con el mundo imperial, Pablo les insta a la sumisión a las autoridades gobernantes. Volveremos sobre este desconcertante pasaje en el capítulo 8. Pero otros escritos también valoran el mundo de Roma de manera más positiva e instan a los creyentes a someterse a él.

Las “Epístolas pastorales”, 1 y 2 Timoteo y Tito, y cartas como Colosenses y Efesios, adoptan por lo general una postura acomodaticia respecto a la sociedad, imitando usos culturales como la familia patriarcal, donde a las mujeres se les exige someterse a sus maridos (Col 3,18-4,1; Ef 5,21-6,9; 1 Tim 2,8-15; Tit 2,3-10). No esperan con urgencia alguna el regreso inminente de Jesús, de modo que la expectativa de una intervención transformadora de Dios es escasa. Por el contrario, los cristianos han de llevar vidas discretas, que no causen perturbaciones, como ciudadanos leales. Se les exhorta a rezar *por* (pero no *a*) el emperador (1 Tim 2,1-2; Tit 3,1-2).

1 Pe 2,17 tal vez llegue más lejos. Los cristianos deben aceptar la autoridad de emperadores y gobernadores y deben “honrar al emperador” (2,13-17). Este honrar forma parte de una estrategia general de buena conducta y cooperación social que ayudará a los cristianos a ganarse un “buen nombre”.

Honrar al emperador conlleva lealtad total al imperio (2,12; 3,16), con la única excepción, según se interpreta habitualmente, de la participación en plegarias y sacrificios por el emperador.

Pero esta excepción tal vez no esté tan clara. (1) La negativa a participar en sacrificios y plegarias socavaría gravemente la estrategia de cooperación social que el resto de la carta recomienda encarecidamente como vía para que los creyentes se ganen un buen nombre; (2) hace caso omiso de la insistencia de la carta en el compromiso interno con Cristo en el propio corazón (3,15); (3) pasa por alto el hecho de que no todos los cristianos se abstendían de relacionarse con los ídolos (1 Cor 8–10; Hch 15,29; Ap 2–3). Orígenes, escritor cristiano del siglo III, reconoce que algunos cristianos ofrecen sacrificios y afirma que este hecho responde a una costumbre social práctica, pero no a una auténtica devoción. Existe la posibilidad, pues, de que 1 Pedro esté animando a los cristianos a participar en los actos con los que se honra al emperador (incluso en los sacrificios) entendiéndolos como una actividad socialmente práctica, aun reconociendo al mismo tiempo que el verdadero compromiso de los cristianos es con Cristo. Honrar a Cristo en sus corazones (3,15) convierte en inofensivos los actos exteriores de sacrificio que se amoldan al entorno social.

### *Estrategias y modos de proceder*

Hemos señalado cinco valoraciones que del mundo de Roma se hacen dentro de los escritos del Nuevo Testamento. Estas valoraciones abarcan todo un abanico que va, desde afirmar que es “del diablo” y está “bajo el juicio de Dios”, hasta ver posibilidades de transformación y de formación de comunidades alternativas. La quinta valoración, al exhortar a someterse al imperio y a honrarlo, hace hincapié en la supervivencia y la acomodación. Es frecuente que estas valoraciones aparezcan de manera simultánea en los mismos escritos.



Cada valoración conduce a estrategias diferentes encaminadas a afrontar el imperio de Roma en el ámbito de lo cotidiano. Entender que el orden romano está bajo el control de Satanás o sometido al juicio de Dios (o ambas cosas) podría provocar ataques violentos contra el imperio para expresar el juicio de Dios, o bien llevar a apartarse de él, a adoptar una postura de indiferencia respecto a él o a abrazar un estilo de vida indulgente porque el mundo no importa. Sin embargo, los textos del Nuevo Testamento no propugnan la violencia, el apartamiento, la pasividad ni la indulgencia.

De hecho, su manera de afrontar el mundo de Roma es más compleja. La supervivencia, la implicación y la acomodación se mezclan con la protesta, la crítica, modos alternativos de ser y un juicio violento imaginario. Los predicadores como Pablo se desplazan de un lugar a otro por carreteras construidas para facilitar el desplazamiento de las tropas, los impuestos y el comercio romanos. Predican en ciudades que explotan las zonas rurales circundantes, hunden a la gente en una gran miseria y extienden el control romano (véase el capítulo 4). La oposición y la acomodación coexisten. Los seguidores de Jesús viven una existencia híbrida que es el resultado de su participación en dos mundos: el de la dominación romana y el de la colectividad alternativa de los seguidores de Jesús.

A veces, esta mezcla de oposición y supervivencia pragmática es una estrategia deliberada, una manera pragmática de “arreglárselas” —dentro de un contexto en el cual no existen los procesos democráticos de cambio— sin vender del todo la propia alma. Por supuesto, esa mezcla corre el riesgo de que los diversos elementos no se mantengan en tensión. La cooperación proporciona beneficios y recompensas que hacen más fácil la supervivencia. La acomodación puede predominar. Pero la mezcla también es el resultado de otros dinamismos que dejan sentir sus efectos entre la gente subordinada a poderes opresores.

Habitualmente, los pueblos dominados no se enfrentan violentamente a su opresor porque saben que éste suele vencer.

Por el contrario, los dominados combinan diversas formas no violentas de protesta con actos de acomodación. A menudo disimulan actos de disconformidad que son cautos, encubiertos y ambiguos. Pero esas tácticas de supervivencia-protesta se encuentran con otro dinamismo. Al tiempo que los oprimidos abrigan resentimiento contra sus opresores e imaginan su destrucción, es frecuente que acaben por imitarles. Abrigan resentimiento contra el poder que se está ejerciendo sobre ellos, pero reconocen que ser capaz de ejercer el poder es deseable. Añoran aquello a lo que ofrecen resistencia. Se asemejan a aquello a lo que se oponen. La imitación coexiste con la protesta, la acomodación y la supervivencia. A lo largo del presente libro vamos a examinar más detenidamente estos dinamismos, pero ya ahora se puede poner un breve ejemplo.

Como vimos en el capítulo 1, el imperio romano era un imperio legionario que para mantener el control dependía de su superior destreza militar y de la amenaza que ésta suponía para sus opositores. No resulta sorprendente que quienes vivían en un contexto de poderío militar y subordinados a su poder absorbieran, quisieranlo o no, este espíritu y este lenguaje militares. De hecho, los escritos del Nuevo Testamento, compuestos por personas sometidas a la ocupación romana, emplean frecuentemente metáforas militares para describir aspectos de la vida cristiana! Es decir, sus autores toman prestada una manera de pensar y actuar omnipresente en la cultura dominante (cultura a la que con frecuencia se oponen) para expresar aspectos de su cosmovisión y su forma de vivir alternativas. La corriente del mundo es, sin embargo, tan fuerte y está tan omnipresente que no pueden resistirse a su influencia ni siquiera al protestar contra ella y aplicar de manera nueva el lenguaje a una forma diferente de existencia.

Hemos señalado anteriormente la certidumbre de Pablo de que el imperio está bajo juicio y de que los seguidores de Jesús deben formar comunidades alternativas. Sin embargo, Pablo se describe a sí mismo y a su colaborador Epafrodito como “sol-

dados” al servicio de Dios (Flp 2,25). Para él, predicar es librar una guerra, no una “guerra mundana” con “armas mundanas”, sino con “poder divino para destruir fortalezas” y para tomar “cautivo todo pensamiento para que obedezca a Cristo” (2 Cor 10,3-6). El autor de 1 y 2 Timoteo le pide a Timoteo que sea “un buen soldado de Cristo Jesús” y que se mantenga firme en su compromiso de servir a Dios. “Nadie que se alista en la milicia se enreda en los negocios mundanos si quiere tener contento a quien lo alistó en el ejército” (2 Tim 2,3-4). Ha de “librar la buena guerra” (1 Tim 1,18).

Pablo presenta además la existencia cristiana como una batalla. Dentro de los cristianos actúan potencias enfrentadas (Rom 7,23). Una de esas potencias es la carne, que es “hostil a Dios; no se somete a la ley de Dios” (Rom 8,7). En Flp 4,7, dentro del marco de una exhortación a que los filipenses, dejando sus preocupaciones, se centren en Dios y en la práctica de una oración constante, el apóstol les asegura que la paz resultante “defenderá” sus corazones o “mantendrá al enemigo (las preocupaciones) fuera de” ellos (la traducción es mía).

Pablo aplica abundantemente a la vida de sus iglesias metáforas militares. En 1 Cor 9,7, para fundamentar la idea de que a los dirigentes de la Iglesia como él se les debe pagar, apela al hecho de que a los soldados se les paga. En 1 Cor 14,40 utiliza una imagen militar para instar a un culto “con orden”. El término que emplea para decir esto denota un “orden adecuado de batalla”. En un punto anterior de ese mismo capítulo ha sostenido que, del mismo modo que una corneta desafinada da señales poco claras para la batalla, el lenguaje ininteligible (hablar en lenguas sin interpretación) no resulta útil para la vida cristiana (14,8). En 1 Cor 15,23 emplea de nuevo una metáfora militar, tropas en orden de batalla, para referirse al “orden” o las “filas” de creyentes que constituyen el “ejército” de Cristo que regresa. El regreso de Jesús es señalado, al estilo militar, con un toque de trompeta (1 Cor 15,52). En 1 Cor 16,15 ve a los miembros de la casa de Estéfanos “formados” u “ordenados” para el servi-

cio. Y en Gál 6,15 exhorta a los gálatas a “llevar el paso” del Espíritu (la traducción es mía).

La armadura del soldado proporciona con frecuencia imágenes de la vida cristiana. Pablo le manda a la Iglesia de Roma que se ciña la “armadura de la luz” (Rom 13,12). En 2 Cor 6,7 les manda a sus oyentes que se pertrechen con “las armas de la rectitud [o justicia]”. En Rom 1,16-17 describe la rectitud o justicia como “el poder de Dios para la salvación”. La imagen hace pensar en creyentes capacitados por Dios que viven según sus designios para restaurar y sanar el mundo. El autor de Efesios desarrolla por extenso la imagen de la armadura al hablar de una batalla no contra “carne y sangre, sino contra los principados, contra las potestades” (Ef 6,10-17). El autor va destacando determinados elementos de la armadura. El cinturón (6,14) representa la integridad; la coraza de la rectitud/justicia significa la protección para realizar fielmente los designios de Dios, mientras que las sandalias o zapatos indican la vigilancia y fundamentación sólida en la fe (6,15). El escudo denota la fe o confianza en Dios, que protege contra ataques con “flechas incendiarias” (6,16), lo mismo que el yelmo de la salvación y la espada o palabra de Dios (6,17-18). Esta actitud defensiva queda reflejada en otra metáfora militar que se encuentra en 1 Tim 5,14, donde el autor se ocupa de la conducta de las creyentes. Su razón para hacer que las viudas jóvenes se casen (¡sin duda, es un hombre el que escribe!) es que introducir las de nuevo en la vida doméstica evitará que “den al enemigo ocasión”, o “base de operaciones”, o “cabeza de puente”, desde la cual lanzar otros ataques contra los creyentes.

Estos ejemplos señalan la compleja relación existente entre los factores de la supervivencia, la protesta, la acomodación y la imitación. Lo que ejerce el poder romano es imitado en textos que animan tanto a vivir con él como a oponerse a él. Pero el lenguaje militar se utiliza sin comentarios, lo cual da a entender que está profundamente arraigado en estos escritores que viven en medio del poder romano.

### *Conclusión*

He señalado cinco maneras como los textos del Nuevo Testamento afrontan este mundo. Algunos textos lo ven como posesión del diablo y bajo el juicio de Dios. Otros ofrecen visiones de transformación y dan forma a comunidades alternativas con maneras de proceder alternativas. Otros más instan a la sumisión, a la oración y a rendir homenaje. Los seguidores de Jesús emplean diversas estrategias –supervivencia, acomodación, protesta, disconformidad, imitación– a la hora de afrontar el mundo de Roma.